

Reseñas

A propósito de Horacio Tarcus, **Marx en la Argentina. Sus Primeros lectores obreros, intelectuales y científicos**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007, 544 pp.

La escritura de comentarios bibliográficos es, probablemente, una de las actividades académicas más estimulantes. Esta tarea es aún más placentera cuando el libro seleccionado es, a la vez que interesante, un modelo de investigación en un área particular. En este caso, **Marx en la Argentina** es un modelo de historia intelectual en varios sentidos.

-Efectivamente, el libro de Horacio Tarcus puede servir de guía para quien quiera realizar con éxito un estudio de la recepción de las ideas de un autor en un contexto social, histórico y espacial diferente al momento de la producción, pero sin que ello signifique renunciar a la posibilidad de escribir una historia social más amplia. En este caso, se plantea una historia de la lectura de Marx en Argentina entre 1872 y 1910.

El texto combina al mismo tiempo las mejores herramientas de la historia intelectual con inteligentes preguntas sobre la circulación de las ideas, buscando comprender cómo es el proceso de generación, difusión y adaptación de conceptos, categorías y estilos de pensamiento. Pero su modelo ofrece una mirada diferente de los estudios tradicionales de recepción en dos niveles. Por un lado, el autor no se queda atrapado por el mero análisis de las ideas, sino que su interés se centra en los canales y agentes de circulación de las mismas, es decir, que busca hacer una historia de la estructura material a través de la cual transitan los universos simbólicos. Por otro lado, el texto ofrece una cuidada reconstrucción de la situación

de lectura de esas ideas, lo que supone comprender las condiciones históricas que permitieron la recepción de un conjunto organizado de ideas y sus modos de lectura e interpretación.

En este sentido, **Marx en la Argentina**, incluye dos elementos que hasta hace poco eran noveles en historia de las ciencias sociales en el país, pero que hoy están teniendo una creciente importancia a la hora de pensar la historia de las disciplinas, las tradiciones y los grupos intelectuales. Primero, la aplicación del método de reconstrucción de trayectorias biográficas. Esta estrategia busca situar a los actores sociales en un proceso de cambio social, y comprender las transformaciones de sus ideas dentro de un contexto biográfico amplio y complejo. En este caso, el uso que Tarcus hace de las biografías de Raymund Wilmart y Germán Avé-Lallemant, pero también de José Ingenieros, es revelador.

Segundo, el reconocimiento de las redes como espacios de producción e intercambio intelectual que permiten fundar y guiar diferentes tradiciones intelectuales. En este punto, el texto introduce dos niveles, que suelen estar ausentes en los estudios locales. Por un lado, la importancia del mercado editorial para el éxito de un proceso de recepción intelectual. Segundo, el papel desempeñado por la migración en este movimiento de lectura e interpretación de ciertas ideas.

El libro tiene un prefacio, una introducción, cuatro capítulos y un apéndice documental. En las primeras páginas, Tarcus deja muy claro que su obra forma parte tanto de un amplio proyecto de producción sobre la historia del marxismo y las posibilidades de su recepción en Argenti-

na como de sus obsesiones intelectuales y políticas. Luego, en la introducción, el autor realiza una cuidada presentación temática y conceptual de su investigación. Pocas veces una introducción cumple con tanto acierto el objetivo de clarificar los alcances de un libro e invitar al lector a seguir un trabajo coherente y ordenado.

Primero, Tarcus define y distingue con precisión algunos conceptos utilizados: marxismo, socialismo y clase obrera. Segundo, diferencia claramente cuatro momentos del proceso global de circulación de las ideas: producción, difusión, recepción y apropiación. Tercero, divide en cuatro etapas precisas (de aproximadamente una década cada una) el período histórico elegido para su indagación histórica. Cuarto, realiza una tipología de los diferentes intelectuales analizados: "tradicionales", "orgánicos-políticos" y "obreros", en lo que constituye un primer problema metodológico que se discutirá luego. Y quinto, Tarcus revisa críticamente las posibilidades y los límites de los trabajos sobre recepción intelectual en general y la lectura e interpretación del marxismo en particular.

Pese a una consistente homogeneidad, el libro de Tarcus podría dividirse en dos partes diferentes por su estilo y resultado. Esta división reproduce cierta asincronía de la historia del marxismo occidental, en la cual las ideas de Marx fueron recibidos, primero, por grupos vinculados a la militancia social y, más tardíamente, por intelectuales del ámbito académico. Esta misma situación se repitió en Argentina y ello incidió en que el texto se enfrente a dos formas diferentes de estudiar el fenómeno de la recepción intelectual.

De esta forma, el segundo capítulo y el siguiente describen el rol desempeñado por los inmigrantes franceses y alemanas antes de 1890, donde sobresalen, indudablemente, las figuras de Wilmar y Lallemand. En esta parte, el autor presenta los mejores aportes empíricos a través de un estilo de escritura literario, que tiene no pocos ribetes de audacia. El capítulo cuarto, que analiza la emergencia política del Partido Socialista y se centra en la producción de Ingenieros y Juan B. Justo, es menos novedoso y algo menos intrépido. Es una sección intermedia hacia un estilo diverso que desemboca en el último capítulo. En éste, Tarcus estudia la recepción del marxismo por parte de los intelectuales positivistas y liberales reformistas, es decir su ingreso en el espacio universitario. En un formato más académico, el autor cambia el estilo de su investigación y los nuevos actores investigados pierden voz y sentido heroico.

Aquí se nota claramente la asincronía enunciada. El peso abrumador de las fuentes primarias, de fuerte contenido político y militante, en la primera parte del libro deja lugar a un uso más frecuente de citas secundarias en la última parte. Además las fuentes primarias utilizadas en la parte final del libro son producciones académicas con contenidos y audiencias diferentes. De este modo, el tipo y la naturaleza de las fuentes y las formas de recepción militante o académica condicionaron el formato de los capítulos. El trabajo de archivo y el contacto directo con los testimonios históricos permitió que Tarcus desarrolle un trabajo más fresco y creativo en los primeros capítulos. La riqueza de esas fuentes puede observarse en el anexo documental. Todos los textos presentados allí, menos dos, correspon-

den al período anterior a 1890. Las excepciones son un artículo de Ingenieros de 1898 y una nota de Justo de 1918.

Mientras tanto, en la última parte, la asimilación de fuentes secundarias le restó cierta perspectiva crítica en la interpretación de la lectura del marxismo de los actores estudiados, repitiendo demasiado el esquema y las visiones de las investigaciones previas sobre Ernesto Quesada o Juan A. García, por ejemplo. Esto explicaría, posiblemente, la ausencia de documentos de este grupo de académicos en el apéndice. Pero, la debilidad principal puede ser que Tarcus no haya incluido en su tipología la categoría del intelectual científico o académico, restando, quizás, riqueza teórica al análisis.

La ausencia de conclusiones revela el prometedor proyecto de continuar el estudio de la recepción de las ideas de Marx en el país y convertir este libro en el Tomo I de una serie mayor. Sin embargo, ello introduce a esta aspiración en el desafío de proponer una periodización adecuada y, al mismo tiempo, lleva a preguntarse si no habría sido mejor terminar esta primera parte en 1890 y ubicar el período siguiente en un segundo volumen. En cierta medida, el éxito de los próximos libros depende de la capacidad por justificar y definir períodos precisos y abarcativos de la evolución del marxismo en Argentina.

No obstante estas indicaciones, **Marx en la Argentina** es un libro apabullante por la cantidad y la calidad de la información presentada. Sin duda, el dominio de la tarea de archivo de Tarcus ha permitido ordenar convenientemente un material tan disperso y complejo. Pero igualmente, ha ayudado el profundo conocimiento general del autor sobre las ideas de Marx

y su interpretación, así como de la historia de la producción, difusión, recepción y apropiación de esas ideas en Occidente. Sin estos elementos, una obra como ésta no es posible.

Ciertamente, el libro reseñado es meritorio en muchos sentidos. Uno de sus logros principales es que la narración no cayó en el presentismo histórico, ya que no aceptó ni juzgó las interpretaciones de los actores desde lo que hoy conocemos como la historia del marxismo. El autor comprendió claramente que a cada momento histórico le corresponde un tipo diferente de marxismo por las divergentes condiciones de acceso a los textos de Marx. De esta forma, Tarcus fue capaz de comprender el “encuadramiento de lectura” de ciertos textos por su diferente disponibilidad, en base a la presencia de bibliotecas o canales de publicación y distribución, o por la acción de actores con precisos intereses y demandas. Se analizan así las posibilidades de construcción de interpretaciones del mundo y categorías teóricas en una situación histórica determinada.

Merece destacarse, también, que el libro no quedó tampoco atrapado por un historicismo extremo, que ubicaría cada una de esas situaciones de lectura como un único caso aislado, sino que esas interpretaciones pueden tener un diálogo con el pasado y el futuro del marxismo. Sin embargo, llama la atención que sea difícil de identificar una teoría o concepto de tradición que articule en forma explícita la herencia de cuestiones y preguntas que guían las lecturas de Marx a lo largo del texto.

Por otra parte, uno de los méritos más laudables de **Marx en la Argentina** es

su falta de pretensión por construir una historia del socialismo o la izquierda. Claramente, no hay un intento de narrar una historia política *per se*, pero sí una manera de reconstruir diferentes vocaciones de intervención política a través de la interpretación de una las figuras intelectuales más convocantes del último siglo y medio. No obstante, esta mirada no excluye a autores e intelectuales que no integraban el grupo de intérpretes oficiales o autorizados del marxismo en el país.

Esta voluntad de apertura intelectual es muy promisoría para los próximos volúmenes, cuando la narración se enfrente a un contexto de lectura más complejo, en el cual los ánimos de exclusión estaban más presentes y legitimados. Pero, sin embargo, ello es al mismo tiempo un desafío importante, ya que Tarcus deberá tomar decisiones más difíciles para incluir grupos y actores en su narración. Ya que Marx fue un autor central en la historia intelectual argentina durante el siglo XX, el autor que quiera hacer una historia de sus lecturas locales en ese período deberá reconstruir una historia integral y total del espacio de la cultura y las ciencias sociales y humanas en el país, lo cual resulta (casi) imposible.

Ahora bien, cabe preguntarse que autores inesperados pueden integrar esa probable historia de la lectura de Marx posterior al Centenario. Quizás, Tarcus pueda incluir a Ricardo Levene, un historiador liberal que privilegiaba la interpretación económica de la historia en sus investigaciones. ¿Dará lugar, acaso, a Federico Pinedo, exponente del “proyecto oligárquico”, pero profundo conocedor de los textos canónicos del marxismo y atento observador de la experiencia soviética? Se puede pensar si este grupo de lectores incluirá también a Arturo Jauretche lector de **El Dieciocho Brumario**.

Por otro lado, es interesante preguntarse quienes, lamentablemente, podrían quedar afuera. Por cierto, está es una apuesta más difícil. Seguramente no será posible excluir a los integrantes de la genealogía que se inicia con Ingenieros y continúa con Aníbal Ponce, Héctor Agosti y Juan Carlos Portantiero. Pero quizás no sea posible incluir a Jacinto Oddone, Sergio Bagú o Gino Germani. Una gran duda es

el papel que pueda tener en el relato las lecturas de Rodolfo Mondolfo que eran relativamente periféricas en el campo intelectual local. Hasta que punto los nacionalistas y las críticas de la derecha sean considerados marcará los alcances y los límites de estas posibles exclusiones, que por ahora son meramente hipotéticas.

En síntesis, este libro es el resultado de una investigación histórica rigurosa. Su autor demuestra una madurez excepcional porque suma a su compromiso social una serie de virtudes intelectuales: Dominio del oficio historiográfico; capacidad de trabajo asombrosa (que resulta de su larga experiencia en el campo); el espíritu *amateur* de quien recién empieza, y por último, y quizás lo más importante, una pasión desbordante por el objeto de su investigación.

El texto reseñado tiene un valor considerable pues permite mantener vivas las ideas socialistas y la historia de las luchas sociales y los actores colectivos. Además, el libro debe ser valorado pues sostiene un pluralismo muy poco común en la izquierda argentina. Su mérito es haber comprendido la heterodoxia del pensamiento marxista, y aceptado que la mayor riqueza e interés del materialismo histórico no reside en la teoría misma, sino en la posibilidad de convertirse en una guía teórica- metodológica para un programa de estudios sobre la sociedad moderna. Esta estrategia plural es una ventaja porque sólo en un clima de diálogo y tolerancia se nos permite pensar y soñar por un mundo mejor.

Diego Pereyra

(Instituto Gino Germani, UBA/ CONICET)

*A propósito de Ezequiel Adamovsky, **Más allá de la vieja izquierda**, Buenos Aires, Prometeo, 2007, 166 pp.*

¿Qué significa ser de izquierda hoy? ¿Cómo es posible construir organizaciones anticapitalistas autónomas? ¿Qué significa autonomía? ¿Cómo combinar lo local con lo global? ¿Qué hacer ante el nacionalismo y con los Estados nacionales? ¿Cómo pensar la dimensión ética de la lucha política? ¿Cómo conciliar las

dimensiones racional y sentimental en los movimientos sociales? Son éstas, a grandes rasgos, las preguntas que, implícita o explícitamente, estructuran **Más allá de la vieja izquierda** y dotan de coherencia y unidad al conjunto de seis ensayos que integran la obra.

En el primer capítulo —“Por una ética radical de la igualdad”—, Adamovsky coloca el dedo sobre esa llaga siempre sangrante de la tradición marxista: la ética. Luego de exponer las consecuencias autoritarias que se derivan de la concepción que supone que la orientación política es sustancialmente una cuestión epistemológica, en la que los detentadores de la teoría poseerían una forma privilegiada de acceso a la realidad, el ensayo se vuelve a revalorizar la indispensable dimensión ética de toda práctica política. La apuesta es por una “ética radical de la igualdad”, que reemplace a la Verdad como principio orientador de las acciones políticas anticapitalistas. Se trata de una ética inmanente —no trascendente— de carácter dialógico, que no pretende introducir ninguna modificación teórica o práctica espectacular: “Se trata primero y fundamentalmente de una ética del cuidado del otro ... que valore ... la cooperación, la solidaridad, la comprensión de las razones ajenas, la humildad, el respeto de lo múltiple, la capacidad de consenso, etc., y que ‘reprima’ los impulsos a la competencia, el egoísmo, la ambición de poder, la soberbia intelectual, la terquedad, la obsecuencia el narcisismo. Quizás decepcione comprobar ... que una ética radical de la igualdad ... no sería demasiado diferente de los códigos morales que los humanos nos hemos dado desde tiempos remotos. Para quienes no tengan veleidades vanguardistas, sin embargo, no hay nada para avergonzarse en la ausencia de saltos innovadores en este rubro: puede que el comunismo, después de todo, no sea ni más ni menos que la realización de los anhelos de vida en común de los iguales de todo tiempo y lugar” (p. 30).

El segundo capítulo, “Sensatez y sentimientos en la cultura de izquierda”, constituye una versión ligeramente modificada del trabajo original, publicado en **El Rodaballo**. Fue escrito en un contexto polémico; pero su tesis fuerte es por completo independiente de esta situación. Adamo-